



LITERATURA Y COMUNICACIÓN: LA LECTURA COMO NUEVO MECANISMO CRÍTICO



Asunción Bernárdez Rodal
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Desde la invención de la escritura, la palabra escrita ha sido la depositaria y la garante del conocimiento. Esta aseveración puede ser aceptada como válida por lo menos hasta el comienzo del desarrollo de las nuevas tecnologías de la información en nuestro siglo. Sin duda, el prestigio de la cultura escrita ha determinado que el ejercicio crítico se realizase únicamente sobre dos elementos de la comunicación: el emisor y el texto. La historia de la cultura ha sido la historia de los grandes nombres: autores y obras asociados a épocas y estilos, y nada o casi nada que decir acerca de los receptores, lectores o consumidores de esos productos culturales. Pero en los últimos tiempos, la situación ha dado un giro radical: ha llegado el momento en que, propiciado entre otros factores por las investigaciones del público de masas, el lector o receptor ha pasado a ser el punto de mira de disciplinas tan dispares como la psicología social, la semiología, la crítica literaria o los estudios de mercado.

El concepto de receptor, lector, destinatario, decodificador, audiencia,¹ etc. no sólo ha constituido una parte muy importante de la teoría de la Comunicación, prácticamente desde los años cincuenta, sino que se ha convertido en un motor de cambio epistemológico al enfocar el problema de cómo funciona y se integra el significado textual en la sociedad y en las estructuras mentales de los individuos. Escribir hoy en día sobre el concepto de lector, receptor, decodificador, etc. implica tener que asumir algunas premisas. La primera, que nos adentramos en un terreno teórico de plena madurez en cuanto a investigaciones tanto teóricas como prácticas,² en una discusión que no acaba de empezar. La segunda, que supone también adentrarse en un campo minado por los prejuicios a los que como individuos sociales y como críticos tenemos que enfrentarnos, como

¹ Vid. por ejemplo el libro de Felicísimo Valbuena, *Receptores y audiencias en el proceso de la comunicación*, Madrid: Pablo del Río, 1976.

² Tal como ha puntualizado James Curran en «El decenio de las revisiones. La investigación en comunicación de masas en los años 80», en Daniel Dayan (com.), *En busca del público*, Barcelona: Gedisa, 1997, no es cierto que el interés sobre el receptor sea algo reciente, sino que ha estado presente en los trabajos sobre investigaciones de masas desde los años cuarenta. Más bien apunta a que la nueva discusión sobre el receptor de los años ochenta lo que hizo fue ignorar deliberadamente los estudios anteriores.

el hecho de que haya una literatura de masas y una literatura «cultura», o bien el argumento contrario y más a tono con nuestra época de que cada lector hace «terrorismo semiótico» interpretando como quiere los textos.

La concepción del receptor como un sujeto pasivo para la teoría literaria, como tantas otras disciplinas, dependió en gran medida del modelo comunicativo formulado en 1949 por los ingenieros Shannon y Weaver, con el nombre de «teoría matemática de la comunicación», que resultó un esquema totalmente unidireccional que no tenía en cuenta los sujetos sociales ni las acciones que se llevan a cabo en el acto comunicativo; y por supuesto, no se interesaba tampoco por los valores semánticos del intercambio de la información.³ Un paso definitivo dentro del cambio epistemológico que supone el tomar al receptor como elemento activo en el proceso de la comunicación lo realizó Jakobson en sus *Ensayos de lingüística general*,⁴ al crear el concepto de «destinatario», al que se le otorga una competencia como «lector», presupuesto en el mensaje del emisor. Para Jakobson toda conducta verbal está orientada a un fin, a influir en un destinatario ya sea de una manera implícita o explícita. La lengua utilizada para comunicar no es sólo una mera transmisora de mensajes, es portadora de significados sociales interindividuales. No utilizamos el lenguaje sólo para comunicar, sino para realizar *acciones*,⁵ proporcionando al esquema clásico de la comunicación una riqueza interpretativa mucho mayor.

El denominado modelo «semiótico-informacional», de Umberto Eco puso en evidencia que el mensaje no se transmite de un modo «transparente», sino que depende (en palabras de Eco) de la *enciclopedia* del receptor,⁶ porque éste tiene la posibilidad de hacer lo que quiera con los textos, de tal forma que la reacción de un receptor es siempre imprevisible, al producirse una decodificación «*aberrante*» con relación a lo que el emisor se había propuesto. La transmisión de mensajes está determinada por una serie de *estrategias narrativas* que se ponen en juego a la hora de comunicar. Umberto Eco y Paolo Fabri llegaron a las siguientes conclusiones: los destinatarios reciben *conjuntos textuales*, no mensajes aislados; los destinatarios no comparan los textos con códigos, sino con *conjuntos de prácticas textuales* depositadas culturalmente; y que los mensajes nunca son *recibidos de una forma unívoca*.⁷

³ Puede consultarse el trabajo de Weaver, W., «Contribuciones a la Teoría Matemática de la Comunicación», en C. E. Shannon y W. Weaver, *Teoría Matemática de la Comunicación*, Madrid: Forja, pág. 25 y ss.

⁴ Jakobson, R., *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Seix Barral, 1975.

⁵ Jakobson incorporó éste y otros conceptos de la filosofía analítica inglesa, en concreto la teoría explicada por J. L. Austin su libro *Palabras y acciones. Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires: Paidós, 1971.

⁶ Vid. Umberto Eco, «¿El público perjudica la televisión?», en M. Moragas, *Sociología de la comunicación de masas, II. Estructura, funciones y efectos*, Barcelona: Gustavo Gili, 1985, págs. 172-195.

⁷ Umberto Eco, y P. Fabbri, «Progetto di ricerca sull'utilizzazione dell'informazione ambientale», en *Problemi dell'Informazione*, n.º 4, octubre-diciembre, págs. 172-95.

Para la teoría literaria, el realizar interpretaciones correctas había sido un ejercicio crítico «profesional» que consistía en descubrir las posibles intenciones del autor cuando había escrito una obra. Pero en los últimos tiempos algo ha ocurrido con esa primacía que la crítica literaria otorgaba al texto y al autor. Para la crítica tradicional la literatura era algo complejo que hablaba sobre el ser humano, sobre la experiencia bajo una perspectiva subjetiva del autor, y por lo tanto, su significado era accesible por medio de una exégesis apropiada. Por otra parte, la obra era un ente autónomo con una estructura formal y temática que el lector debe reconstruir. Pero en los últimos tiempos hemos asistido al final de ese consenso. El ejercicio crítico se ha reconocido como más y más diverso, y se han desarrollado continuas investigaciones sobre las prácticas de lectura y el lector, desde puntos de vista muy distintos.

Hillis Miller, en un viejo ensayo de 1976: «Steven's Rock and Criticism as Cure» se había dado cuenta de que la crítica literaria postestructuralista había sufrido una división radical: aquellos críticos que llamaba «*cunny*», que seguían confiando en el patronazgo del lenguaje, y los que llamaba «*uncunny*», trágicos o dionisíacos porque reconocían que el lenguaje estaba basado en una aporía porque es autorreferencial y, por lo tanto, no puede llegar a alcanzar la verdad del texto. Este movimiento subversivo, nacido del propio estructuralismo se aglutinará precisamente bajo el signo de la preocupación por la figura del lector. La crítica estructuralista dejaba sin explicar qué es lo que da sentido a un texto y el proceso de lectura se vuelve rebelde al intento de aprehensión de una serie de normas y gramáticas, como dice E. Lynch, la lectura se volvió un lugar para la disidencia, porque si bien la cultura occidental está basada en la creencia de una interpretación universal, precisamente la literatura se escapa siempre a una explicación de por qué nos sorprende o nos encandila.⁸

La deconstrucción puso de relieve que en una obra hay demasiados factores imposibles de reducir: el contexto, las propias interpretaciones y en último extremo las destreza del lector, incluso su estado anímico. Pero el problema no sólo ha afectado la crítica literaria, sino también la teoría científica. Lyotard ha demostrado que la crisis afecta a la formación de todo tipo de discurso en general, porque los textos sociales se forman sobre relatos del saber, y éstos poseen un común denominador: el estar inscritos dentro de los límites que marcan las convenciones de un género o disciplina.⁹ Herederos de la Deconstrucción como Paul de Man, Hartman, H. Bloom y Hillis Miller reconocen la imposibilidad de crear una teoría de la interpretación que se base en la adecuación de un signo con su referente, pero inciden en el hecho de que algunas interpretaciones son más correctas que otras, a la vez que reivindican la necesidad de hacer una lectura ética y comprometida.

Una oposición de alguna manera opuesta a la Deconstrucción aparece de ma-

⁸ Enrique Lynch, *La lección de Seherzade*, Barcelona: Anagrama, 1992, págs. 128-29.

⁹ Vid. Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid: Cátedra, 1989.

nera explícita en los trabajos de Umberto Eco. En el antiguo concepto de «obra abierta», Eco tenía en cuenta la colaboración del lector en la construcción de la obra, porque la lectura no es algo pasivo, sino que es una puesta en práctica del texto. Para Eco, es precisamente esa apertura de las interpretaciones la característica de la modernidad, pero eso no quiere decir que las obras no tengan un sentido determinado: la libertad del intérprete está limitada por el propio texto, y la condición de apertura no quiere decir que el autor desaparezca o se borre totalmente del texto. En 1979, Umberto Eco volvió a encarar el tema del lector en su libro *Lector in fabula*, en el que intentó, desde dentro del estructuralismo, definir la figura del lector y acuñar el concepto de «lector modelo», sobre la base de que la comunicación se realiza sobre una supuesta uniformidad de códigos sobre los que el autor elige un lector concreto, por medio de los siguientes elementos: 1. por el hecho de elegir un *código lingüístico* determinado; 2. por elegir un *estilo literario* y no otro; y 3. por los *índices* específicos de la *realización* de la obra. De tal forma que es el autor el que va poniendo una serie de filtros entre su obra y el lector, permitiéndole el acceso a determinados niveles de escritura. Por eso «*el texto crea la competencia de su lector*» modelo.

En este libro Eco intenta desarrollar una gramática de la significación. Para ello, comienza por afirmar que las *circunstancias contextuales* son necesarias para la interpretación, pero que existe un significado literal en los enunciados que son capaces de crear su propio contexto cuando nos faltan datos para ello: «...y las circunstancias son indispensables para poder conferir a la expresión su significado pleno y completo, pero la expresión posee un significado virtual que permite que el hablante adivine su contexto». ¹⁰ Eco se esfuerza en encontrar una serie de reglas pragmáticas para determinar en qué condiciones el destinatario se encuentra cotextualmente autorizado para colaborar en la actualización de una información que se encuentra en el contexto, pero que además estaba ya presente como marca en los sememas.

Pero para decodificar un mensaje, se necesita poseer no sólo una competencia lingüística, sino una competencia más general, que se refiera, por ejemplo, a las circunstancias enuncionales, al manejo de presuposiciones, etcétera. Por eso, a la hora de crear un texto, el autor debería tener en cuenta su «lector modelo», capaz de manejar una serie de códigos que le permitan poder interpretar de un modo parecido al que el autor ha previsto. Pero tal como dice Eco, un texto no sólo se apoya en una competencia, sino que a la vez contribuye a producirla: «Un texto es un producto cuya suerte interpretativa debe formar parte de su propio mecanismo generativo: generar un texto significa aplicar una estrategia que incluye las previsiones de los movimientos del otro». ¹¹ El «lector modelo» es un conjunto de «condiciones de felicidad» que se establecen el texto y que el lector debe satisfacer de una manera adecuada, para que el contenido potencial

¹⁰ Umberto Eco, *op. cit.*, pág. 26.

¹¹ Umberto Eco, *Ibid.*, pág. 79.

del mismo quede perfectamente actualizado. Pero no se trata de intentar reproducir las intenciones creativas de un autor empírico, sino que la teoría de Eco se refiere al mundo del texto.

Pese a defender la existencia de un significado literal que garantiza la significación «correcta», Eco reconoce que el significado se concreta en mundo de la experiencia propia:

El primer movimiento que realiza el lector para poder aplicar la información que le proporcionan los códigos y subcódigos, consiste en suponer en forma transitoria una identidad entre el mundo al que el enunciado hace referencia y el mundo de su propia experiencia. (...) Si a medida que avanza la actualización se descubren discrepancias entre este mundo de la experiencia y el del enunciado, entonces el lector realizará operaciones extensionales más complejas.¹²

Es decir, para conseguir actualizar una información, el lector deberá realizar fundamentalmente dos movimientos paralelos, porque debe ser capaz de confrontar la información que obtiene de los códigos y subcódigos que extrae de la lengua en la que el texto está escrito, con el carácter enciclopédico de la lengua y a la que remite por tradición cultural. Eco trata a todo lector como «crítico» competente, pero de hecho sabemos que no sucede así. Si hay algo característico de la lectura de lo escrito, es que cae dentro del ámbito más personal que existe, y podríamos decir que difícilmente de un modo general, el lector alude a la la enciclopedia utilizada en la emisión del texto.

Ahora bien, cabría preguntarse cómo funciona la enciclopedia del lector a la hora de interpretar. Para Eco, la Enciclopedia son una serie de *sememas virtuales* que permanecen registradas y «fuera de uso» hasta que el texto las activa, quedando el resto «*semánticamente incluido o extrañado*».¹³ Pero no quiere decir que no existan. Las estructuras discursivas se actualizan por medio de una hipótesis que el lector realiza sobre el *topic* o *topics* textuales. Eco define el *topic* como un «*instrumento metatextual, un esquema abductivo que propone el lector*».¹⁴ Se trata de una de las denominadas «*categoría-saco*», en la que cabe casi todo. Las representaciones sígnicas se basan en procesos de semiosis ilimitada que requieren la cooperación del lector y es él, precisamente, quien decide hasta dónde llegar el proceso de semiosis ilimitada, porque la enciclopedia semántica es infinita. Por eso el «*topic*»: «*no solo sirve para disciplinar la semiosis y reducirla: también sirve para orientar la dirección de las actualizaciones*».¹⁵ El «*topic*» es lo que da coherencia al texto, lo que lo fija, imprimiéndole una cierta regularidad, algo que se repite y da unidad y sentido. Reconocer esto es aceptar que existe una regularidad en el discurso dando por válido el término de «*abducción*» utilizado por Peirce para explicar el procedimiento de inferencia que utili-

¹² Eco, *ibid.* pág. 108.

¹³ Umberto Eco, *ibid.* pág. 106.

¹⁴ Umberto Eco, *ibid.*

¹⁵ Umberto Eco, *ibid.* pág. 127.

zamos para dar significado a cualquier enunciado. A menudo en un texto aparecen señales explícitas que enuncian de qué va a tratar el mismo. En muchos casos, un simple título o una reiteración de sememas, «palabras clave», o un determinado tipo de «dispositio», del material narrativo. Pero es verdad que un texto no suele tener un solo «topic», sino que casi siempre funcionan varios de un modo alternativo o simultáneo. En este proceso se dan una serie de jerarquías: oracionales, discursivas, narrativas, macrotópicos, etc.¹⁶

En su libro de teoría crítica *I limiti dell'interpretazione*,¹⁷ Eco volvió a analizar el problema de la crítica deconstruccionista que plantea una deriva infinita de los textos; así como el hecho de que un texto, cuando es separado del emisor y de las circunstancias que lo producen, entra de un espacio potencialmente interpretable en todos los sentidos. Para Eco, existen tres tipos de intenciones a la hora de acercarse a los textos. En primer lugar, se puede llevar a cabo una aproximación de tipo *generativo*, que prevé unas reglas de producción de un objeto, independientemente del efecto que causan. En segundo lugar, existe una aproximación interpretativa a la búsqueda de la «*intentio auctoris*», «*intentio operis*» y una «*intentio lectoris*». Por último, puede darse también la interpretación clásica que buscaba, en primer lugar, lo que *el autor quería decir*, y por otro, lo que el texto *dice* de manera independiente: refiriéndose a la propia coherencia textual y situación de los sistemas de significación a que se refiere, y también a lo que el destinatario encuentra en relación a su sistema propio de significación o a sus propios deseos, pulsiones, etc. Pese a haber hecho Eco esta división, reconoce que la situación actual, tampoco está tan contrapuesta con la clásica.

Se puede hablar de dos tipos de interpretaciones: la *semántica o semiósica*, que es en realidad el proceso por el cual el destinatario se enfrenta a las «manifestaciones lineales» del texto y le imprime un significado; y en segundo lugar, la interpretación *crítica o semiológica* por la que se intenta explicar por qué razones estructurales el texto llega a producir una interpretación semántica. Respondiendo al esquema anterior, Eco complementa su teoría del «lector modelo», que se divide en dos: el lector modelo «ingenuo» o semántico, y el lector «crítico». El lector modelo está determinado por el texto: «*un texto es un artificio dirigido a producir el propio lector modelo*».¹⁸ El lector empírico es entonces aquel que es capaz de llevar a cabo una conjetura sobre el tipo del lector modelo postulado en el texto. Así se construye el «círculo hemenéutico»: «*el texto es un objeto que la interpretación construye en la tentativa circular de validarse a base de aquello que constituye*».¹⁹ El trabajo de la interpretación, lo que denomina

¹⁶ Los textos permiten análisis que amalgamando una serie de formas semánticas que pueden variar el sentido del texto. Pero hay que tener en cuenta que existen dos fenómenos diferentes: El «*topic*» que es un fenómeno pragmático, y la «*isotopia*» que es semántico. La isotopía es la que coincide con un nivel de coherencia interpretativa (pág. 131).

¹⁷ Manejo la ed. italiana de Milano: Bompiani, 1990

¹⁸ Umberto Eco, *I limiti dell'interpretazione*, pág. 34.

¹⁹ Umberto Eco, *Idem*.

«semiósis hermética» se ha manifestado tradicionalmente a dos niveles: en interpretar los mundos como libros, o bien, en interpretar los libros como si fueran mundos. El problema en sí, es interpretar partiendo de una hipótesis definida, porque entonces vamos adaptando todo a lo que queremos demostrar. Para salir de esta encrucijada, Eco vuelve a proponer la utilización de la *isotopía* como «prueba semántica». Los significados están inscritos en el texto por medio de los «topics» discursivos, por eso «no es legítimo hacer decir a un texto aquello que no dice».²⁰

Umberto Eco ha pasado de ser uno de los primeros autores que han defendido la libertad interpretativa, a intentar crear una dimensión «científica» de la limitación de esa libertad. Las obras abiertas invitan a la recreación del lector, pero ese lector no puede interpretar de un modo totalmente libre los signos que componen esas obras. El papel del lector es más el papel de un organizador del material textual, pero es el propio texto el que dicta las normas de organización. El texto marca cómo debe ser usado. Con ello Eco no divide en dos universos separados y opuestos al «texto» y la «lectura», pero el «lector modelo» participa de ambos.

No resulta sencillo saber sobre quién recae el significado de un texto, si sobre las intenciones del autor o las creaciones del lector. El caso es que desviar la significación hacia el lector no resuelve los problemas planteados. Más bien parece que la cuestión de la significación existe y permanece siempre constante una problemática irresoluble entre los efectos semánticos de un texto y la propia experiencia del lector. Si el significado depende del contexto, y el contexto nunca puede llegar a determinarse del todo, la conclusión es que, a pesar de todo, la única vía crítica que existe es la de seguir estudiando las condiciones en las que se produce la significación. El problema sigue siendo cómo salvar la diferencia entre un lector modelo y el lector empírico.

²⁰ Umberto Eco, *Idem*, pág. 107.